

El Castellet italiano

La Escuela de Barcelona, puente latinoamericano para Italia

Por Francesco Luti

Al Mestre Castellet, in memoriam

Fue en Francia, en Lourmarin, en el año 1959, con motivo de un encuentro entre intelectuales europeos para debatir sobre la situación de sus respectivas culturas, donde Josep Maria Castellet, invitado por el poeta Pierre Emmanuel, conoce a los fundadores de la COMES (Comunità Europea degli Scrittori), Giovan Battista Angioletti y Giancarlo Vigorelli, que entonces se proponían crear una asociación de escritores e intelectuales europeos. Ambos se convertirían en referentes para el crítico de Barcelona. Vigorelli, director de *L'Europa Letteraria*, publicará en su prestigiosa revista –en la que siempre tendría cabida la temática española– poemas de Carlos Barral y de José Agustín Goytisolo. A partir de su inclusión en el consejo directivo de la COMES en junio de 1960, Castellet comienza a viajar por Europa con frecuencia, sobre todo a Italia, para estrechar contactos con escritores y editores italianos. En una de sus primeras visitas a Roma, Castellet conoce a Pratolini. El narrador florentino vivía y escribía desde hacía algunos años en la *città eterna*, donde colaboraba con la industria cinematográfica: guiones de películas y adaptaciones de algunas de sus novelas para la gran pantalla. Durante unas vacaciones en Barcelona con su esposa, Pratolini conoce a Barral y a José Agustín Goytisolo, quien en aquellos días catalanes lo acompañará personalmente en sus paseos por la ciudad de Bar-



(Pág. anterior)

◀ Casa de Goytisolo, Barcelona, 1961. Passolini, José Agustín Goytisolo y Castellet.
Fondo José Agustín Goytisolo, Universitat Autònoma de Barcelona.

celona. Castellet le recomienda a Seix Barral y, posteriormente, decide su publicación en Edicions 62. La editorial de Barral, por su parte, publicaría la primera edición española de Pratolini, *La constancia de la razón*, traducida por otro admirador del escritor, Manuel Vázquez Montalbán.

Fue la colección «El Balancí» de Edicions 62, ideada por Castellet, la que en sus sesenta títulos finalmente incluye a varios autores italianos: Pavese, Pratolini, Pasolini y Calvino, entre otros. Es de destacar que fuera Castellet el primero en publicar en territorio español libros de autores comprometidos: *La lluna i les fogueres* de Pavese, el Vittorini de *Conversa a Sicília*, ambos en 1966; los de Pratolini *Crónica dels pobres amants* (1965) y *Mettel·lo* (1966) y el primer libro de Calvino que se edita en España, *El baró rampant*, en 1965.

En aquella década, en un momento de tímida apertura para España, Castellet viaja constantemente a Italia, un país donde se sentía cómodo. Entre sus muchas «huellas», la que se desprende de una carta de Barral a Luciano Foà (asesor de Einaudi y futuro fundador de la editorial Adelphi), en la que informa de que Castellet acaba de volver de Italia (Roma, Nápoles) de una reunión de la COMES, y de que éste se siente muy impaciente por la publicación en Italia de su antología. El 8 de junio de 1961 llega a Turín para participar en una reunión con los colaboradores de Einaudi y el 15 de marzo de 1962 visita Florencia por otro encuentro de la COMES. Gracias a sus frecuentes idas y venidas, Castellet contacta con nuevos escritores al mismo tiempo que consolida la amistad con quienes había conocido previamente en España, especialmente con Dario Puccini, hispanista vinculado a la cultura democrática de la posguerra española y traductor, entre otros, del libro de Barral, *Diecinueve figuras de mi historia civil*. Puccini resultaría ser un hombre clave para la construcción del *punte* entre ambos países y colaboraría en particular con los de la llamada Escuela de Barcelona. Sus puntuales vacaciones en Calafell (nido veraniego de Barral) hasta mediados de los ochenta, acompañado por su mujer y por su hijo, contribuirían a lo largo de más de treinta años a reforzar esos lazos. Puccini fue pionero en hablar de Castellet y en promover la publicación de sus libros en

Italia. En un artículo de enero de 1956, le define como un «giovane critico catalano di valore» y menciona entre elogios uno de sus textos más brillantes de aquel tiempo, el titulado «Un aspecto inédito y ejemplar de los premios literarios». En otra entrega de *Il Contemporaneo*, en 1957, la figura de Castellet llenaría por entero un nuevo artículo de Puccini consagrado a *La hora del lector*.

Llegados a este punto, hemos de referirnos, aunque brevemente, al notable papel de dos escritores e intelectuales –Italo Calvino y Elio Vittorini– que estuvieron muy relacionados con algunos de los autores españoles de la llamada «Generación del cincuenta», especialmente con los del núcleo barcelonés, y cuyo encuentro se demostrará determinante para una futura apertura de Castellet a las nuevas propuestas literarias provenientes de los países europeos democráticos. En los días del Primer Coloquio Internacional sobre Novela en Formentor, en 1959, Calvino, ya hondamente sumergido en las problemáticas de la sociedad contemporánea que se mezclarían con los temas de estos coloquios, acude con su experiencia para protagonizar los debates mallorquines, encuentros decisivos para el entramado de relaciones personales y editoriales que la Escuela de Barcelona llegaría a establecer, reforzando su empeño en la construcción de un canal literario y cultural con los principales países europeos. Dos años más tarde, en 1961, en los amistosos días mallorquines, se consolida el lazo con Italia, esta vez contando también con la presencia de Vittorini, intelectual y hombre de primer plano en la cultura italiana de la posguerra. Castellet, años más tarde, justo antes del fallecimiento de Vittorini, pasaría unos días en compañía de su amigo en Milán. En un simpático y conmovedor escrito, Castellet revive los días italianos y recuerda: «De Vittorini vaig aprendre viva voce moltes coses sobre literatura, bastants anys després d’haver llegit les seves novel·les. Potser, però, el que em va impressionar més d’ell va ser la passió per la literatura, l’afany per descobrir valors joves, al recerca obsessiva del “nou”».

Es a partir de este momento cuando urge, por parte de Castellet, un cambio de rumbo, justo cuando los postulados teóricos del realismo empiezan a «tambalearse» y la «generación del realismo» entra en crisis, produciéndose abandonos y deserciones. Así como Calvino, Vittorini y el *magistero* de Einaudi, también hubo otros autores que contribuyeron de igual manera, aunque en diferente medida, a que el crítico de la Escuela de Barcelona pasara a considerar Italia como país y cultura de referencia. En Roma había conocido a Pratolini y consolidado la amistad con

Puccini; Rafael Alberti y su esposa lo invitaban a tomar café en compañía de Alberto Moravia y Elsa Morante. Allí se cruzó con Pier Paolo Pasolini, con quien se había encontrado en 1964 en la entrega del premio Etna-Taormina, cuando presentaba su *Vangelo Secondo Matteo*. Vigorelli y Castellet no tuvieron dificultad en convencerlo para que se comprometiera con las acciones de solidaridad que la COMES estaba llevando a cabo a favor de los escritores españoles. Como promotor del reconocimiento de lenguas de ámbito minoritario y de dialectos, Pasolini podría aportar mucho a favor de los idiomas oprimidos por el franquismo. Otros encuentros de ambos tendrían lugar en Barcelona cuando, acompañado de José Agustín Goytisolo, Pasolini pudo recorrer las barriadas antes de presentar su *Vangelo* en la sala de disección del Hospital Clínico de la ciudad condal; el mismo Castellet publicaría su novela más conocida, *Una vita violenta*. En cuanto a los poetas con los que tuvo intercambios, podemos citar a Giuseppe Ungaretti y Salvatore Quasimodo: con el primero coincide en un viaje a Grecia, y volverían a encontrarse cuando el *maestro* Ungaretti se convierte en presidente de la COMES; con el segundo se vio el 21 de noviembre de 1961, cuando Quasimodo fue presentado por Castellet en la Casa del Libro de Barcelona durante el primer viaje del Nobel siciliano a España.

Volviendo al año 1959, el interés por la situación española y por su literatura parece ir despertando poco a poco. Por parte del mundo editorial italiano existía curiosidad por los autores que, de alguna manera, intentaban ofrecer una España diferente a la oficial del régimen y resultaba urgente ponerse al día con esa literatura. Un libro que, a su manera, presentaba una clara imagen de la situación literaria en ese mismo año era *La hora del lector*, de Castellet. Supuestamente a finales de 1959, las editoriales Seix Barral y Einaudi empiezan a barajar los derechos del mismo. En una carta del 24 de octubre, Joan Petit informaba al einaudiano Foà de que tenía el propósito de llegar a una pronta traducción italiana del libro de Castellet, publicado dos años antes por la editorial de Barcelona. Se trataba de un trabajo que marcaba un paso importante para la formación de un intelectual de los primeros cincuenta, como por entonces lo era el joven Castellet, trabajo que debía mucho a las discusiones con sus «compañeros de viaje». El primero en Italia que habla de *La hora del lector* –y con antelación respecto a la publicación que aparecerá bajo el título *L'ora del lettore* por Einaudi en 1962– es Puccini, que en la revista *Il Contemporaneo* de julio de 1957 hace referencia a la

obra puesta a la venta poco antes (el 23 de abril del mismo año), firmando un artículo con el persuasivo título: «La scomparsa dell'autore».

En el libro emerge el binomio autor-lector, clave del pensamiento de Castellet de aquellos años, que intuye bien que la lectura de un texto ya es por sí misma un acto interpretativo ligado estrictamente a la situación histórica (y existencial), en la cual vive y obra un sujeto, un sujeto-lector que, dependiendo de las formas de conocimiento y de la imaginación de su época, busca en ciertas obras la respuesta a sus preguntas.

La casa Einaudi no tarda en definir los detalles de la publicación: el contrato se envía para la firma en una carta del 10 de octubre de 1959, y se restituye firmado con otra fechada el 4 de enero de 1960. A partir de la edición italiana, se atisba un cierto interés por este texto que Umberto Eco, unos años después, definiría como «profético» en las prestigiosas páginas del *The Times Literary Supplement*. Finalmente, a comienzos de 1962 se publica en Italia *L'ora del lettore* de Castellet, con un explícito subtítulo: *Il manifesto letterario della giovane generazione spagnola*. La presentación en la librería Einaudi de Roma, a fecha 13 de abril de 1962, correría a cargo de Cesare Cases, Rosa Rossi, Dario Puccini y Gianfranco Corsini, incorporando la edición italiana –a diferencia de la española– un texto de Cesare Pavese y las matizaciones que Puccini sugirió para algunas afirmaciones que contribuyeron a reducir el tono dogmático de la introducción.

En Italia aparecieron algunas reseñas que, una vez más, alimentaban la atención por la literatura española. El escritor Guido Piovene (ya conocido en España por su novela de 1942, *Cartas de una novicia*), en *L'Espresso* de mayo de 1962, define a Castellet como el «caposcuola di una letteratura non ufficiale» y admite que el libro «Mi è servito a chiarire cose a cui avevo già pensato senza mai riuscire a metterle così bene a fuoco», refiriéndose al hecho de que es necesaria una costumbre por parte del lector verdadero para la tensión intelectual. Llama la atención que incluso Calvino prefiera *L'ora del lettore* a *Veinte años de poesía española*, interés suscitado por la defensa que Castellet hacía en él de la libertad, además de por su tesis de que cada lector reinterpreta el mundo que está latente en la novela, en claro conflicto con el realismo social de la época.

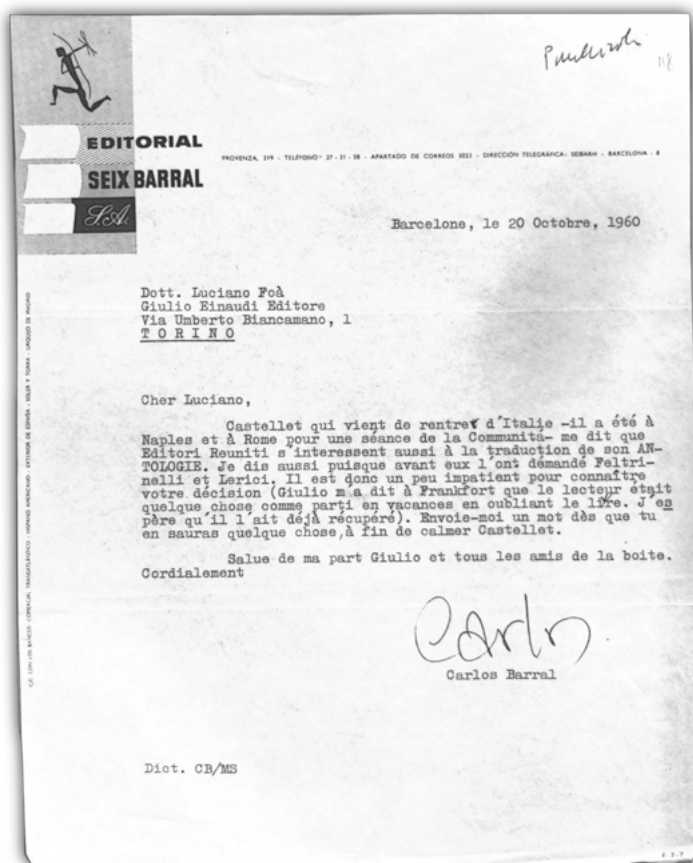
Por su parte, *Veinte años de poesía española (1939-1959)*, que Barral incluye en la colección «Biblioteca Breve» en 1960 y cuya cuarta edición vio la luz en 1965 con el título *Un cuarto de*

siglo de poesía española (1939-1964), también logrará su traducción y publicación italiana a pesar de ciertos obstáculos. Entre Feltrinelli, Lerici y Einaudi, Giangiacomo Feltrinelli se adjudica los derechos del libro de Castellet, editándolo en diciembre de 1962 bajo el título *Spagna poesia oggi. La poesia spagnola dopo la guerra civile*. El mismo joven editor de Milán que en 1960 no había dejado escapar la publicación del polémico *Romancero della resistenza spagnola*, que recopilaba textos de poetas exiliados y otros testimonios de la Guerra Civil y una larga introducción de Puccini, se presentó en un par de ocasiones (Milán y Roma) contando con el mismo Barral, con todos los riesgos que comportaba su participación.

La antología recopila un gran número de poetas, incluyendo a Barral, Jaime Gil de Biedma y Goytisolo. Los poemas se agrupan por año de publicación –de 1939 a 1961– y a cada año se adjunta una breve nota bajo la firma de Puccini, que además escribe la *Premessa all'edizione italiana*, mientras Castellet se ocupa de la introducción. Tres son los traductores: el mismo Puccini, el hispanista Mario Socrate y Rosa Rossi. El libro aparece en la colección de «Le Comete» donde, entre otros, Feltrinelli había incluido a Juan Rulfo (*Pedro Páramo*) y a Antonio Ferrer (*Los vencidos*). En la cubierta se especifica que no se trata de «un'antologia di 'belle' poesie: ma la cronistoria in action [...] un itinerario dal simbolismo al realismo alle esperienze nuove [...] e anche il 'lungo viaggio attraverso il fascismo' tanto lungo, in Spagna, che dura ancora». En la contracubierta (probablemente de Puccini) se leen unas cuantas líneas político-literarias que sirven para encuadrar mejor el trabajo del crítico catalán. A diferencia de la edición española, en la italiana se suprimen ciertos poemas, mientras que se añaden otros publicados entre 1960 y 1961.

Gracias a la extensa correspondencia entre las editoriales Einaudi y Barral, hemos podido constatar que hubo una seria tentativa de publicar el libro bajo la firma einaudiana desde que, en 1959, Giulio Einaudi, huésped de Barral en Calafell, conociera personalmente a los «ragazzi della Scuola di Barcellona». En una carta del 25 de noviembre a Barral, se lee que el mismo Einaudi «aspettava con ansia i Vent'anni di poesia spagnola del Castelletti» (italianizando el apellido), para poder someter el libro a la lectura de sus mejores colaboradores, Calvino *in primis*. Posteriormente, en el verano de 1960, Barral escribía a Foà revelando que Valerio Riva, redactor de Feltrinelli, «in vacanza qui in questi giorni», había pedido los derechos directamente a

Castellet. Como de costumbre, Barral ofrece un margen de ocho semanas para estudiar el texto y decidir, además de afirmar que existe cierta urgencia porque es un periodo donde se están reordenando «valores y esperanzas». Existen dos cartas más sobre el asunto: la del 20 de octubre de 1960 de Barral a Foà, en francés, donde Barral aprovecha el viaje de Castellet a Italia (Roma y Nápoles, por reuniones de la COMES) para presionar a Einaudi, habiéndose interesado otro editor italiano (Editori Riuniti), con quien Puccini colaboraba y en la que se solicitaba información sobre el asunto «à fin de calmer Castellet» y la que acaba con las esperanzas de publicar el libro con Einaudi, fechada el 31 de octubre de 1960, redactada por Foà en italiano y dirigida a Barral. En ella explica las razones por las que esa antología, cuyo ensayo introductorio es muy *bello*, es «valida soprattutto come atto di accusa per “uso interno”» pero no se ajusta al catálogo einaudiano.



Fondazione Giulio Einaudi. Torino.
Archivio Einaudi, (20 ottobre 1960, fasc. Barral, 118).

no. Según los que estudiaron la eventual publicación del libro, la elección de los poetas, hecha para «orientare il lettore verso una presa di posizione politica», no puede «esaurire il problema della poesia spagnola dalla guerra a oggi come ci sembra sarebbe necessario per un pubblico di lettori stranieri che non conosce a fondo la vostra situazione e i vostri problemi» lo que, unido a la dificultad de encontrar unos traductores de nivel para todos los autores incluidos, hacen que el volumen lleve finalmente el sello Feltrinelli.

La antología de Castellet fue criticada negativamente por Oreste Macrí en *L'Approdo*. Puccini, quien considera a Macrí su «único maestro», considera el juicio «troppo severo», sosteniendo que él quiso presentar la antología justo para precisar sus límites y enfrentarla directamente con «una coscienza critica più matura». Finalmente, justifica el trabajo de Castellet diciendo que hay que entenderlo dentro del contexto político español y que le parece «storicamente giusto che, nella Spagna oppressa, ci sia qualcuno che dica che la letteratura debba stare al servizio della lotta, ecc.», y que tocará a la historia corregir estas aproximaciones «come è avvenuto da noi dopo il '45». Macrí –entre los grandes hispanistas de siempre– no tarda en percatarse de la presencia de nuevos nombres de la Escuela de Barcelona, conocedor a fondo de la edición española de *Veinte años de poesía* (pues Puccini se la remite en 1960). En un número de *L'Approdo*, había esbozado ya algunas opiniones sobre ella. En la reseña de 1963, según Macrí, Castellet peca de superficialidad tratando el *ingenuo marxismo* de Machado y se muestra implacable al hablar de la omisión de Lorca en el libro, puesto que en su opinión hay una infinidad de ejemplos del influjo subterráneo de la «soffocata voce di Federico». Puccini, apercibiéndose de esta ausencia, trata de justificarla en la premisa por las fechas de la antología y, quizás de manera aproximada, escribe que «quasi nulla è l'influenza del poeta di Granada presso le nuove generazioni». Puccini –que con una carta del 8 de marzo de 1963 vuelve a confirmar la «troppa severità» de Macrí– subraya, sin embargo, otros méritos de Castellet, como haber vuelto a despertar cierto interés hacia un valiente grupo de jóvenes y sus obras *anticonformiste*, autores que se sienten «investiti d'una missione civile», con el logro de haber abierto un cierto debate sobre la poesía tanto dentro como fuera de su país. A pesar del severo juicio de Macrí, en 1963 resulta necesario presentar en Italia unas voces literarias disconformes con el poder político existente en España.

A principios de los sesenta Castellet ya figura en periódicos y revistas italianas especializadas con cierta frecuencia, no solamente por sus libros, sino por sus intervenciones en periódicos como *Il Corriere della Sera*. Sin duda, entre los componentes de la Escuela de Barcelona, fue el *Mestre* que antes y más difusamente logró ser traducido en Italia. A parte de sus dos libros de 1962, aquel mismo año el editor Bompiani publica, al cuidado de Arrigo Repetto, *La nuova ola*, una antología que presenta nueve relatos de otros tantos jóvenes autores, entre los cuales se encuentran Fernández Santos, Juan Goytisolo, Martín Gaité, Matute o García Hortelano. Castellet será el encargado de la introducción del trabajo de Repetto, quien lo define como «il maggior critico spagnolo della generazione e autentico capo-scuela del realismo storico spagnolo». El texto de Castellet nace para un lector italiano, resumiendo los orígenes y las primeras etapas del *realismo storico spagnolo*. Además de prologar una antología de José Agustín Goytisolo que la editorial Guanda edita en 1962, *Prediche al vento e altre poesie*, Castellet firma «La giovane poesia realista spagnola», introducción a *Hablando en castellano. Poesía e critica spagnola d'oggi*, otra recopilación de poesía española contemporánea que se edita en Italia en aquellos años. Finalmente, en 1976, otra importante antología de Castellet, *Nuove novissimi poetes spagnoles*, lograría su prestigiosa traducción italiana: *Giovani poeti spagnoli*, confirmando una vez más la eficacia de las relaciones entre el grupo de Barcelona y el mundo editorial italiano.

Los lazos entre la Escuela de Barcelona y los principales editores italianos, entre finales de los cincuenta y hasta comienzos de los setenta, permitieron que el contexto editorial y literario italiano se abriera a la literatura latinoamericana. Gracias a la mediación, al impulso y a la promoción de Barral, José Agustín Goytisolo y Castellet, los principales autores del llamado *boom* empezaron a ser publicados en Italia. Con la ciudad de Barcelona como intermediaria, se llegaron a establecer lazos que marcaron de manera definitiva los catálogos de Seix Barral y, en el caso italiano, de Einaudi y Feltrinelli. En la década de los años cincuenta, el universo literario latinoamericano era prácticamente desconocido para el mundo editorial italiano. En un principio, autores como Borges, editado por primera vez por Giulio Einaudi gracias a su amistad con Claude Gallimard, llegaron a través de Francia. Antes de al argentino, Einaudi había publicado a Pablo Neruda, nada menos que en la traducción del futuro premio Nobel Salvatore Quasimodo. La idea vino de manos de Gallimard,

que en 1951 incluye *Ficciones* en «La Croix du Sud», colección dirigida por Roger Caillois. Visto el éxito en Francia, en 1955 Einaudi publica *Finzioni. La biblioteca di Babele* en la colección experimental dirigida por Vittorini «I gettoni», que presentaba a jóvenes autores, la mayoría de los cuales se revelarían elecciones acertadas. Resulta curioso descubrir que la traducción partiera de la edición francesa y que solo en años recientes este libro de Borges haya vuelto a ser traducido, esta vez del texto original.

Será Feltrinelli (coetáneo de Castellet), quien ofrecerá espacio a los nuevos autores latinoamericanos en la Italia de los sesenta. Hijo de una de las familias más ricas del país, entorno a 1955 había empezado ya con un gran proyecto editorial ayudado por redactores como Valerio Riva y Giorgio Bassani. En pocos años, Feltrinelli obtuvo grandes éxitos de mercado dando a conocer, entre otros, *Il dottor Zivago* (su primera publicación mundial) y una obra maestra, *Il Gattopardo*, de un autor hasta entonces desconocido: Tomasi di Lampedusa. La aportación de Feltrinelli, al lado de editores como Bompiani, Mondadori, Guanda y Giulio Einaudi —«el gran senyor de l'edició europea»—, marca definitivamente la década de los sesenta. Feltrinelli dará también voz en su catálogo a muchos jóvenes autores españoles de la época, caso de los hermanos Goytisolo y Luis Martín Santos. Centrándonos en los latinoamericanos, el escritor mejicano Juan Rulfo fue autor feltrinelliano antes de pasar a Einaudi, y el primero de los del *boom* que se publica en Italia, cuando el editor milanés edita *Pedro Páramo* en 1960. Cuatro años más tarde, Feltrinelli apuesta por otro mejicano y da a conocer a Carlos Fuentes, abriendo así el camino a América del Sur, que terminará de allanar con la inclusión en su catálogo de Juan Carlos Onetti, Ernesto Sábato (1967) y los *Cent'anni di solitudine* de Gabriel García Márquez (1968).

Desde 1960, Barral, Goytisolo y Castellet mantuvieron frecuentes contactos con los hombres de Feltrinelli —especialmente con Riva, redactor y memoria histórica de la casa—, impulsando el ámbito editorial italiano hacia la literatura latinoamericana por contener esta elementos inéditos y exóticos que, unidos al afortunado realismo mágico, resultarían de su interés a pesar del concepto equivocado de las editoriales italianas, que consideraban a España y América Latina un mismo mercado por el hecho de hablar el mismo idioma. Este error de perspectiva lo explica bien Calvino en una carta de 1966 a Barral, refiriéndose al hecho de que su agente literario, Erich Linder (de International Editors), habiendo sido él ya traducido al castellano por ediciones argenti-

nas, se negaba a que se publicaran sus libros en España con nuevas traducciones. Calvino contaba a Barral dicha circunstancia, calificando el asunto de «cosa absurda» y reconociendo una honda diferencia. Por esas fechas, el escritor italiano ya era un autor muy difundido en Latinoamérica gracias a las ediciones argentinas, aunque no dejaba de considerar que algunas obras suyas no estuvieran bien traducidas al castellano, como él mismo confiesa a Barral. Fueron escritores como Calvino los que empujaron hacia esta dimensión latinoamericana, mediando directamente en el caso de los «jóvenes» Guillermo Cabrera Infante y Mario Vargas Llosa. Sobre el escritor peruano, en el mes de enero de 1964, Calvino da su visto bueno a que se firme el contrato de la edición italiana de *La ciudad y los perros*, publicado por Feltrinelli al cabo de tres años.

En cuanto a Julio Cortázar y también siguiendo los consejos de su amigo Barral, Calvino convence a Einaudi para que consiga los derechos italianos del argentino, a quien tanto admiraba. Años más tarde, la esposa de Cortázar, Aurora Bernárdez, se ocupará de traducir a Calvino, una vez que finalmente –y tan solo a partir de los años ochenta– volverá a ser traducido al castellano y publicado en ediciones españolas. En 1971, Calvino escribe y publica una nota al margen de la primera edición de *Storie di cronopios e di fama*, que él mismo define como «la creazione più felice e assoluta di Cortázar», autor que nunca dejará de interesarle.

Otro que no tardó en convertirse en autor einaudiano fue Rulfo. Existe un pequeño homenaje de Calvino a Rulfo en *Se una notte d'inverno un viaggiatore*, cuando hacia el final del libro, en un capítulo que se titula «Intorno a una fossa vuota» (*Alrededor de una fosa vacía*) se encuentra un incipit muy parecido al de *Pedro Páramo*, libro que atraía a Calvino debido a su compleja composición narrativa. Por las ambientaciones, se podría decir que tienen una relación hipertextual, ya que en ambos descubrimos el fallecimiento de un padre y un viaje a caballo a través de tierras baldías.

Por todo lo dicho hasta aquí, al menos en un determinado periodo que situamos entre 1955 y 1970, el entramado de relaciones literarias entrambos países se revela fundamental para el desarrollo de la literatura de aquellos años y sirve de base orientativa para los posteriores, siendo determinante la aportación de los componentes de la Escuela de Barcelona aquí nombrados con respecto a la recepción italiana de la literatura latinoamericana, que tan felizmente empezaba a surgir por entonces.